

El Sombrío Legado y la Falsa Promesa de la Ayuda Multilateral

Ian Vásquez y Doug Bandow

Las organizaciones multilaterales de crédito - el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y los bancos de desarrollo regional - han inundado al tercer mundo con miles de millones de dólares en asistencia. Desde comienzos de la década de los 50, el Banco Mundial por sí solo otorgó préstamos por cerca de 300 mil millones de dólares a países en desarrollo. Estas instituciones también jugaron un papel importante incentivando a los gobiernos occidentales a proveer cientos de miles de millones de dólares en asistencia bilateral al mundo en desarrollo. Sin embargo, luego de dar consejos, préstamos y subvenciones por cuatro décadas a los gobiernos de los países más pobres del mundo, las organizaciones multilaterales pueden mencionar muy pocos casos, en los que sus esfuerzos llevaron a la mejora de los estándares de vida y a la prosperidad económica sostenida. En lugar de crecimiento, el tercer mundo experimentó desintegración social, estancamiento económico, crisis de deuda, y en algunas regiones, caídas en la producción agrícola y en los ingresos.

Sin embargo, a medida que sus fallas se hicieron innegables, las agencias de ayuda internacional sólo intensificaron sus préstamos. En 1992, tanto el Banco de Desarrollo Asiático (BDA) como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) incrementaron sus préstamos a niveles récord, y el Banco Mundial anunció al año siguiente que sus compromisos de créditos alcanzarían un nuevo pico de 23.700 millones de dólares. El FMI, luego de recibir un 50 por ciento de aumento en recursos por parte de los países industrializados en 1992, jugó un papel fundamental en darle forma y distribuir la ayuda occidental a Rusia.

Además, el deseo de mayor ayuda multilateral condujo a una expansión del número de integrantes tanto en el Banco Mundial como en el FMI. Mongolia, Croacia, Albania, Namibia, Suiza, Islas Marshall, Rusia, Latvia, Lituania, Moldavia, Ucrania y otros países se unieron al grupo del Banco Mundial desde 1990.

Al mismo tiempo, los países industrializados crearon un nuevo banco de desarrollo en 1990 –el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (BERD)- con el solo propósito de prestar dinero a los estados de Europa Oriental y a las ex repúblicas de la Unión Soviética. En Estados Unidos, mientras tanto, se introdujo un proyecto en el Congreso para establecer un Banco de Desarrollo Norteamericano para los Estados Unidos, Canadá y México para acompañar al Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

Como muchas otras naciones, los Estados Unidos se apoyan cada vez más en los organismos multilaterales para realizar sus programas de ayuda exterior. Mientras que la ayuda económica bilateral de Estados Unidos promedió los 10 mil millones anuales en los 80, pero cayó a 6.800 millones en 1992, los desembolsos netos de la asistencia de desarrollo oficial de las agencias multilaterales subió de 8 mil millones de dólares anuales en 1985 a más de 16 mil millones en 1991.

Varios factores ayudaron a causar esta tendencia. En principio, los déficits presupuestarios y la recesión en el mundo desarrollado incrementaron la atracción de “ayuda conjunta” –las naciones donantes pueden usar sus recursos en forma colectiva con mayor eficiencia contribuyendo con montos relativamente pequeños a grandes fondos de ayuda multilateral. Al mismo tiempo, el colapso de la Unión Soviética eliminó la justificación de la Guerra Fría para muchos programas de asistencia económica bilateral. En segundo término, las agencias de ayuda internacionales se volvieron defensores del libre mercado, exigiendo reformas económicas dramáticas en todo el mundo. Aunque la revolución liberal ocurrió en forma independiente al Banco Mundial y al FMI, los legisladores de los estados industrializados creyeron en el nuevo razonamiento de los organismos multilaterales.

Finalmente, el apoyo al FMI, al Banco Mundial y a los bancos de desarrollo regional aumentó al menos en parte debido al incrementado escepticismo que la Agencia estadounidense para el Desarrollo Internacional (USAID), la oficina principal de los estados Unidos que distribuye ayuda bilateral, promueve efectivamente el desarrollo del tercer mundo. En 1993, una comisión especial de la administración Clinton concedió que “a pesar de décadas de ayuda externa, la mayor parte de África y algunas partes de América Latina, Asia y Medio Oriente están económicamente en peor estado hoy de lo que estaban hace 20 años”. Esta comisión especial también sugirió que la USAID debería, entre otras medidas, establecer vínculos más cercanos con las agencias crediticias internacionales. En forma similar, el diario *Washington Post*, al notar que muchos estudios documentaban gastos excesivos e ineficiencias en la USAID recomendó que la administración Clinton considerara la búsqueda del desarrollo internacional a través del Banco Mundial y de otras organizaciones multilaterales “donde los registros muestran que los dólares y el liderazgo estadounidenses fueron exitosamente utilizados en nombre de los intereses importantes de Estados Unidos”.

Sin embargo, si la ayuda bilateral ha demostrado ser tan desilusionante, ¿hay alguna razón para creer que los pobres del mundo se beneficiarían del fortalecimiento de las iniciativas de ayuda multilateral? La respuesta, provista por 40 años de una triste experiencia, es: No.

¿HA AYUDADO LA ASISTENCIA MULTILATERAL AL TERCER MUNDO?

Por muchos años, los estudios sobre desarrollo económico asumían que el tercer mundo era pobre porque carecía de capital. Por lo tanto, la solución sugerida era transferir riqueza del mundo desarrollado al mundo en desarrollo. Dado que se creía que el sector privado no estaba dispuesto o no era capaz de llevar prosperidad a las regiones más pobres del planeta, los gobiernos tuvieron que planear y administrar las economías de sus naciones. Y la asistencia extranjera permitiría sentar las bases para planificar y administrar mejor.

Sin embargo, más de 40 años de transferencias internacionales no beneficiaron al tercer mundo. La deuda externa de América Latina se ubica en una cifra abrumadora de 430 mil millones de dólares, el ingreso per cápita en el África sub-Sahariana es inferior hoy comparado con el nivel de los años 70, y según las Naciones Unidas, los 47 países más pobres en el mundo subdesarrollado, muchos de los cuales recibieron ayuda, no experimentaron crecimiento alguno en años recientes y se espera que sus ingresos per capita sigan disminuyendo en 1993.

Por lo tanto, claramente los economistas especializados en desarrollo estaban equivocados; el problema no era la escasez de capital. Los países en vías de desarrollo no le deberían a los gobiernos occidentales, a las agencias multilaterales de crédito y a los bancos comerciales un exceso de 10.700 millones de dólares en 1992 si esos países no hubieran sido capaces de encontrar los fondos suficientes. Lo que fue obviamente ignorado por los defensores de la ayuda externa es el hecho de que, como lo observó P.T. Bauer, “la falta de dinero no es la causa de la

pobreza, es la pobreza” y que tener dinero es el “resultado de logros económicos, no su precondition”.

La asistencia extranjera no sólo se basa en un modelo equivocado de desarrollo, sino también existen otros problemas más prácticos que son inherentes a estos programas de transferencia. Uno de estos problemas se debe a que la mayoría de las instituciones de desarrollo, incluyendo las agencias de ayuda multilateral, le prestan a gobiernos, no a personas. De tal forma que el FMI, el Banco Mundial y otros bancos de desarrollo realizaron consistentemente préstamos a los mismos gobiernos del tercer mundo que han creado los peores impedimentos para el crecimiento económico. Como lo explica Shyam Kamath, la asistencia externa a la India, el receptor de la mayor asistencia internacional en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, ayudó a expandir la burocracia del país, a financiar planes de desarrollo centralizados y a sostener uno de los “más grandes y más ineficientes sectores públicos del mundo”. Como resultado la India continúa siendo una de las naciones más pobres del mundo con un número en constante aumento de ciudadanos que viven en la pobreza.

La India no se encuentra sola en este proceso. Roberto Salinas León explica cómo el FMI y el Banco Mundial “jugaron un papel fundamental en perpetuar el legado del estatismo en México”. México, el segundo gran deudor del Banco Mundial, luego de la India, dependió de los créditos del Banco Mundial para expandir sus industrias estatales de 300 en 1970 a 1.200 hacia 1982 – cuando México anunció su imposibilidad de pagar la deuda externa, marcando el comienzo de la crisis de deuda internacional. Salinas advierte que a pesar de las recientes impresionantes reformas de mercado de México el país sigue apoyándose en los préstamos del Banco Mundial y del BID para sostener los monopolios estatales en algunos de los sectores más importantes de la economía. En forma similar, Paul Craig Roberts analiza cómo la ayuda multilateral en otros países en Latinoamérica incentivó el crecimiento del estado intervencionista, estableciendo las bases para la década pérdida de los 80 en la cual los latinoamericanos vieron caer sus estándares de vida.

Desafortunadamente, el Banco Mundial y el FMI también han sido muy generosos con los estados africanos. George B. N. Ayittey describe a los dictadores africanos que regularmente justificaban la necesidad de más ayuda basándose en que los fondos serían utilizados para “promover el desarrollo”. Los gobiernos luego gastaban millones en armas y desperdiciaban aún más en “maravillosos edificios de oficinas, espectaculares aeropuertos, basílicas y otros elefantes negros”.

Dado que la asistencia multilateral ha sido muchas veces desperdiciada en lugar de ser utilizada en forma productiva, ha mantenido naturalmente a los países receptores en una rutina de préstamos. William McGurn ha puesto en evidencia este tipo de dependencia no sana en Filipinas. Los subsidios del Banco Mundial y del FMI a los gobiernos proteccionistas, escribe McGurn, permitieron que “los nacionalistas y los peces gordos de las empresas de esos países se pongan de acuerdo en dejar afuera a la competencia extranjera”. Y a medida que la nación se endeudaba cada vez más, su dependencia en los organismos multilaterales aumentaba de igual forma.

Muy pocos prestatarios escaparon a la trampa de la deuda. Doug Bandow documenta la adicción de las naciones a los préstamos del FMI. Según Bandow, “durante 1989 seis naciones... dependían en la asistencia del FMI por más de 30 años, 24 países tomaron préstamos por entre 20 y 29 años. Y 47, casi un tercio de todos los estados del mundo, habían utilizado el crédito del FMI por entre 10 y 19 años”.

En resumen, la ayuda multilateral, en lugar de ayudar a los países en desarrollo, dificultó su progreso económico. En el tercer mundo, las agencias multilaterales subsidiaron programas económicos dañinos, financiaron el crecimiento de los ya grandes sectores públicos y aumentaron la deuda de los países receptores. Seguramente, no todo el dinero de dicha ayuda

fue malgastado. De hecho, es difícil imaginar que se puedan gastar cientos de miles de millones de dólares sin lograr nada positivo. Pero los antecedentes generales son claros –en el mundo en desarrollo, el FMI, el Banco Mundial y otras instituciones internacionales de financiamiento han provocado mucho más daño que beneficio.

¿CREEN LOS ORGANISMOS MULTILATERALES QUE AYUDAN AL TERCER MUNDO?

Naturalmente, los bancos de desarrollo sostienen lo contrario, pero es difícil seguir sus actividades que son frecuentemente secretas. El Banco Mundial no hace públicas muchas de las evaluaciones de proyectos e informes de países, mientras que los acuerdos logrados entre el FMI y los estados prestamistas –conocidos como cartas de intención- son mantenidos en confidencialidad. Sólo cuando los proyectos del Banco Mundial ocasionan mayores protestas públicas, violaciones masivas de los derechos humanos o mayor daño ambiental en los países del tercer mundo o cuando los programas del FMI, generalmente caracterizados por aumentos de impuestos y devaluaciones de las monedas, causan protestas en las naciones que toman créditos, los medios occidentales y la gente ve cómo operan estas instituciones crediticias.

Por supuesto, se podría sostener que todo esto representa una imagen parcial de los esfuerzos de los organismos multilaterales, ignorando los logros positivos. Pero son las organizaciones multilaterales las que eligen mantener en secreto los detalles de las negociaciones. Además, aún los informes oficiales –ya sea filtrados a la prensa o hechos públicos en forma deliberada- ofrecen muy poca evidencia de las habilidades de los bancos de desarrollo para financiar el progreso económico. En 1992, por ejemplo, el Banco Mundial revisó 1.800 proyectos para los que había otorgado préstamos por 140 mil millones de dólares. El estudio interno del banco, conocido como el reporte Wapenhans, sostuvo que 37,5 por ciento de los proyectos completados en 1991 fueron “insatisfactorios” –más del doble que la tasa de la década anterior. Y este reporte no era una anomalía. Como documenta James Bovard, numerosas evaluaciones oficiales a través de los años alcanzaron conclusiones igual de desilusionantes acerca de los préstamos del Banco Mundial en agricultura, telecomunicaciones, transporte, irrigación, crédito y finanzas y en muchos otros rubros. Desafortunadamente para los ciudadanos del tercer mundo, cuando estos proyectos fallan, el resultado es deuda y no desarrollo.

El BDA y el BERD también publicaron informes admitiendo sus malos resultados. Según el informe anual del BDA en 1992, por ejemplo, 60 por ciento de los proyectos realizados por el BDA en ese año fueron considerados como fracasos o sólo “parcialmente exitosos”. En tanto, un informe confidencial del BERD concluyó que el banco no ha logrado contribuir a la transición económica de Europa Oriental y que su “impacto deja mucho que desear comparado con el uso de sus recursos”.

Las burocracias multinacionales respondieron a estos informes culpando a “factores externos” y proponiendo nuevos procedimientos o reestructuraciones organizacionales. Pero ninguna mejora en los métodos puede compensar la visión equivocada del desarrollo sobre la cual está basada la ayuda extranjera y los muchos errores inherentes a los programas de asistencia.

¿PUEDE LA ASISTENCIA MULTILATERAL AYUDAR AL TERCER MUNDO?

Quizás por esta razón, incluso muchos funcionarios de organismos de asistencia sostienen que los esfuerzos de ayuda en el pasado no han cumplido con las expectativas. Sin embargo, explican que el futuro va a ser diferente, desde que los créditos del FMI y muchos de los del Banco Mundial están condicionados a deudores que adoptan políticas de reformas de libre mercado. Esta teoría suena bien a nivel abstracto pero ha obtenido poco éxito en la práctica.

Después de todo, el Banco Mundial admite que sus funcionarios odian poner fin a los préstamos, incluso luego de que está claro que el deudor no ha tomado ni tomará políticas de cambio sustanciales.

Lamentablemente, tampoco se puede esperar que las instituciones multilaterales puedan proveer consejos económicos sólidos. Por ejemplo, en sus esfuerzos por inducir a los gobiernos extranjeros a reducir sus déficits presupuestarios, el FMI típicamente incentiva a los estados del tercer mundo a aumentar los impuestos y a establecer mecanismos de recaudación impositiva más efectivos. Sin embargo, ¿cómo espera el FMI que una sociedad pobre prospere si su gobierno saca cada vez más riqueza de sus ciudadanos?

Otro ejemplo lo da Paulo Rabello de Castro, quien acusa al FMI y al Banco Mundial de brindar sucesivamente a los gobiernos brasileños consejos equivocados que llevaron al establecimiento de hiperestancamiento –una mezcla única de hiperinflación y estancamiento económico. El FMI, explica Rabello de Castro, en repetidas ocasiones apoyó los intentos de mantener los presupuestos gubernamentales bajo control reduciendo gastos y aumentando impuestos. Desafortunadamente, esa receta nunca funcionó en Brasil, donde el banco central simplemente financió los déficits presupuestarios imprimiendo moneda- un factor institucional consistentemente ignorado por el FMI.

Aún así, muchos estados del tercer mundo están adoptando reformas. Pero los países que han hecho más por liberar sus economías –México, Chile, Corea del Sur y Argentina, por ejemplo- lo han hecho a pesar de la ayuda multilateral, no gracias a ella. A tal punto que los países en desarrollo que introdujeron reformas de libre mercado lo hicieron por necesidad económica.

Al aminorar los síntomas del colapso económico, la ayuda multilateral solo pospondrá la adopción de las reformas necesarias. Los gobiernos que reciben asistencia extranjera encuentran que es mucho más simple evitar implementar decisiones políticamente difíciles que la reestructuración económica típicamente requiere. Por otro lado, suspender o reducir la asistencia es mucho más efectivo para inducir a los gobiernos a implementar la liberalización necesaria para el crecimiento sustentable. Por ejemplo, Vietnam, que hasta hace poco era excluido de los préstamos del Banco Mundial y del FMI, reaccionó ante el corte de asistencia masiva soviética implementando reformas económicas que condujeron a un “sector privado emergente vigoroso” y a una tasa anual de crecimiento económico de tres por ciento en 1991. Sin embargo, nuevos préstamos del Banco Mundial y del FMI pueden retardar el proceso de reformas. Una editorial en el *Far Eastern Economic Review* señaló que Vietnam estaría mejor solo:

“Vietnam realizó un excelente trabajo en la restauración de su economía con su doi moi, o política de renovación... Y su aislamiento de las bien intencionadas agencias multilaterales de crédito fue otra bendición. Vean a Filipinas, que fue objeto principal de estos préstamos, y ahora endeudada con cerca de 29 mil millones de dólares y nada para mostrar a cambio. Contrasten esto con la rápida prosperidad de, digamos, Hong Kong, felizmente imperturbada por la atención de estos prestamistas. Seguramente las intenciones de las organizaciones multilaterales eran buenas y en años recientes han abogado por la creación de mercados abiertos... Pero la experiencia sugiere que sus términos usuales de crédito y su tendencia inherente a un desarrollo de arriba hacia abajo no son un sustituto de la disciplina de mercado.”

Esta misma preocupación la expresa Nicholas Eberstadt con respecto a la asistencia occidental a Rusia. Desde su punto de vista, los créditos condicionales tienen aún menos oportunidad de tener éxito en Rusia que en los países subdesarrollados donde “es imposible demostrar su éxito”. Eberstadt concluye que “los programas de asistencia económica ahora bajo consideración

en el Oeste pueden no sólo ser un desperdicio, pero incluso en última instancia pueden retardar una verdadera reforma”.

Quizás Melanie Tammen presenta la más clara muestra del por qué incluso agencias de asistencia multilateral “reformadas” no pueden promover prosperidad en el mundo en desarrollo. El Banco Mundial, luego de otorgar préstamos a los gobiernos socialistas de Polonia, Hungría, Rumania y otros países de Europa Oriental por muchos años, ahora ha proclamado su compromiso en asistir a estos mismos países en el establecimiento de economías orientadas hacia el mercado. Sin embargo, al continuar otorgando préstamos a las empresas en manos del gobierno, como lo son las industrias de telecomunicaciones, el Banco Mundial corre el riesgo de espantar a la inversión privada en estas áreas y ayuda “al financiamiento de los gobiernos de Europa del Este para retener acciones en proyectos público-privados... que de otra manera estarían lo suficientemente comprometidas financieramente como para hacerlas completamente privadas”. Incluso el BERD, cuyos estatutos requieren que el 60 por ciento de sus créditos vayan al sector privado donde financiamientos hechos por el mismo sector privado no se encuentran disponibles, ha hecho poco por contribuir en la reforma. El banco tuvo problemas en la identificación de buenas oportunidades de inversión privada y por lo tanto realizó menos desembolsos.

En resumen, cuando se destina asistencia multilateral al gobierno, sus efectos tienden a ser contraproducentes. En el mejor de los casos, la ayuda multilateral orientada hacia el sector privado es redundante. Por lo tanto, la ayuda multilateral no puede promover desarrollo ahora ni en el futuro, mucho más de lo que lo ha hecho en las últimas cuatro décadas. Los problemas fundamentales, nuevamente, son los errores de comprensión del proceso de desarrollo por parte de las instituciones internacionales de financiamiento y los inevitables efectos contraproducentes de ayudar a los gobiernos. Lord Bauer ha resumido claramente las contradicciones inherentes de las agencias de crédito multilaterales y demás programas de la siguiente forma: “Si todas las condiciones para el desarrollo menos el capital están presentes, el capital será generado localmente en el corto plazo o provendrá... de afuera... Si, sin embargo, las condiciones para el desarrollo no están presentes, entonces la ayuda... será necesariamente improductiva y por lo tanto ineficiente. Entonces, si los principales pilares del desarrollo están presentes, el progreso material sucederá aún sin ayuda extranjera. Si están ausentes, no sucederá, aún con ayuda.”

EL INCENTIVO BUROCRATICO

Entonces, ¿por qué las principales instituciones multilaterales continúan existiendo e incluso expandiéndose si la evidencia en contra de la efectividad de la asistencia multilateral es tan clara? Virtualmente cada participante en el proceso –salvo los ciudadanos del tercer mundo– tienen intereses en el crecimiento de las agencias de ayuda multilateral. Particularmente importante es el rol de los burócratas de las propias instituciones.

Por ejemplo, Roland Vaubel muestra cómo el énfasis del FMI en aumentar los préstamos ha creado la impresión de que el mundo necesita en forma urgente aún más créditos de esta institución. Así es que, el FMI llevó a cabo al menos ocho aumentos de cuota y creó un número de nuevas facilidades de préstamos a través de los años. Incluso cuando el sistema internacional de tasas de cambio fijas terminó a comienzos de la década de 1970 –y con él, el propósito oficial del FMI de mantener la estabilidad de la tasa de cambio– los préstamos del FMI no se redujeron. En su lugar, se duplicaron entre 1970 y 1975. Desde entonces, el Fondo ha creado para sí mismo nuevas misiones.

El Banco Mundial también ha enfatizado la cantidad de préstamos como una medida de importancia y éxito. James Burnham discute sobre las fuerzas burocráticas del banco y la

dificultad que enfrenta incluso el consejo de la organización al intentar cambiar las políticas prestatarias del banco y sus compromisos crediticios. Burnham explica que “los incentivos institucionales para preguntar en forma consistente por menos recursos financieros fueron triviales o negativos”, aún cuando los funcionarios del banco sabían que una reducción en los préstamos podría contribuir realmente al desarrollo económico.

Desafortunadamente, ese problema no es privativo del FMI y del Banco Mundial. Como lo sostuvo un alto funcionario del BDA: “Nunca dimos marcha atrás con un proyecto. Somos una institución de desarrollo, pero también somos un banco. Tenemos que buscar clientes”. Siempre y cuando las agencias de asistencia multilateral estén motivadas por estos incentivos perversos y los gobiernos occidentales promuevan el desarrollo internacional, los créditos multilaterales continuarán en aumento, a pesar de la abundante evidencia de que no funcionan.

ELIMINANDO LOS IMPEDIMENTOS PARA EL CRECIMIENTO

Las naciones de todo el mundo están dismantelando sus empresas estatales, liberalizando sus economías, reduciendo sus barreras comerciales, achicando su sector público y abandonando las políticas intervencionistas que por mucho tiempo estrangulaban sus economías. Los países de Europa del Este, de Latinoamérica, del Sudeste Asiático e incluso de Africa están descubriendo que la prosperidad depende muy poco de las prácticas de países extranjeros y casi enteramente de políticas dentro de sus propias fronteras. Por nombrar algunos Chile, Malasia, México, Singapur y Taiwan todos demostraron que el destino económico de una nación pobre no necesita estar atado a la ayuda occidental.

Al contrario, el desarrollo puede suceder sin ayuda externa, y de hecho, es más probable que suceda si son eliminados la asistencia multilateral y los impedimentos domésticos para el crecimiento. De hecho, las naciones de Occidente que son ricas hoy en día no hubieran salido de la pobreza años atrás si hubieran dependido de la asistencia extranjera. Luego de perder décadas en el camino equivocado (estatista) hacia el desarrollo, muchos países del tercer mundo finalmente reconocen que la prosperidad depende de la creación de riqueza, no de su transferencia.

Desafortunadamente, a pesar de las liberalizaciones dramáticas en muchos de los países del tercer mundo y de esfuerzos genuinos para alcanzar el progreso económico a través del comercio, en vez de la ayuda externa, la mayoría de los países industrializados no han sido de gran utilidad, manteniendo una actitud paternalista hacia las naciones subdesarrolladas y cerrando sus exportaciones en forma hipócrita. A pesar de que los gobiernos occidentales mantienen aranceles bajos para una gran parte de productos, siguen imponiendo significativas barreras no arancelarias al comercio con países subdesarrollados. Las consecuencias son perversas: James Bovard describe cómo los Estados Unidos, al mismo tiempo que hace compromisos cada vez mayores para otorgar ayuda a Europa Oriental y a la antigua Unión Soviética (y mientras destaca la importancia del libre comercio cuando ofrece consejos sobre política comercial), construyó una virtual cortina de hierro contra las exportaciones de la región, incluyendo productos textiles, siderúrgicos y de agricultura. Bovard advierte que las leyes comerciales de Washington son altamente proteccionistas y corren el riesgo de “estrangular en la cuna a los emprendedores del antiguo bloque oriental”.

De igual forma, J. Michael Finger también examina los costos de las barreras comerciales del mundo industrializado hacia el tercer mundo: “las restricciones de importación de los países desarrollados reducen el ingreso nacional de los países en desarrollo en casi el doble de lo que los países en desarrollo reciben en ayuda”. De nuevo, en lugar de facilitar el desarrollo internacional, los gobiernos de las naciones ricas crean más impedimentos –y entonces regalan la riqueza de sus ciudadanos a través de la asistencia oficial para aliviar la pobreza que resulta.

Abriendo sus fronteras y permitiendo la inversión privada extranjera, los países pobres podrían de todas formas prosperar. David Osterfeld muestra cómo las corporaciones multinacionales mejoran las condiciones económicas de los países en los que invierten. Al igual que las organizaciones multilaterales de crédito son por su propia naturaleza ineficientes al promover crecimiento, las corporaciones multinacionales son eficaces porque tienen más probabilidad de asignar sus recursos en forma productiva. Así que, mientras las agencias multilaterales de asistencia se concentran en la transferencia de riqueza, las corporaciones multinacionales realmente propagan la prosperidad.

En realidad, cuanto más abre sus fronteras un país y cuanto más se expone a las influencias externas, hay más posibilidades de que la gente común prospere. Jim Powell documenta los ejemplos aparentemente infinitos de naciones que a través de la historia han intentado cerrarse al mundo. Ese nacionalismo económico, escribe, siempre resultó contraproducente: “El contacto comercial privado con el mundo exterior probó ser tal vez el estímulo más poderoso y persistente del progreso humano”.

Finalmente, las naciones del tercer mundo salen del subdesarrollo sólo por sus propios esfuerzos. Siempre tuvieron el potencial para hacerlo, pero políticas domésticas proteccionistas, nacionalismo económico y otras formas de estatismo impidieron que literalmente miles de millones de personas alrededor del planeta pudieran disfrutar la prosperidad que naturalmente surge de la libertad económica.

Los estados industrializados aún pueden ayudar. Si el occidente es sincero en la idea de ayudar a los más pobres, entonces debería abrir sus fronteras a los bienes de estos países. Al igual que debería dismantelar las agencias de asistencia multilateral que han hecho tanto por perpetuar la pobreza tercermundista. Con tantos países en desarrollo que se encuentran llevando a cabo una exitosa transición hacia el libre mercado y hacia el pluralismo político, lo más importante que puede hacer Occidente es quitarse del camino.